

Y sin embargo, te entiendo

Verónica Portell

HIRIA

*Al idealismo que personificaba mi padre,
A Aitor y Mónica, mis hijos, el futuro,
Al destierro del odio en Euskadi,*

Agradecimientos

Este libro de personajes inventados cobija también a seres que permitieron que me asomara a su rutina para retratar perfiles más humanos; por eso doy las gracias a Ángel Arnedo, periodista con letras mayúsculas, pero ante todo hombre culto y sencillo, coherente y comprometido con quien siempre es un placer conversar. Agradezco la confianza que depositó en mí Fernando Grande Marlaska, fiel reflejo del hombre que describo en su relato, tan accesible, amable, atento, falto de vanidad y distinto a lo que de él se presupone. También a Jorge Aldekoa, el hombre paciente, inteligente y sensible que me aportó la visión necesaria para imaginar la historia del personaje que se esconde tras el mando de la Ertzaintza. A Juan Joxe Agirre, enciclopedia humana andante que contagia vitalidad y entusiasmo desde cada rincón y estantería del archivo que custodia con tanta dedicación y mimo en Lazkao. Gracias a todos porque se dejaron enredar entre sí en una trama ficticia que pretende, sobre todo, derribar prejuicios y describir la realidad y vulnerabilidad de la persona que se esconde tras un cargo. A Juan Luis Ibarra y a Enrique Urkijo les agradezco su apoyo desinteresado de principio a fin por facilitarme el enlace y la ayuda necesaria para llevar a cabo mi proyecto literario.

A Joseba, por apoyarme y quererme siempre, sin condiciones. A mi madre, porque se afanó hasta la obsesión en la

difícil tarea de educarnos sin odio y fruto de ello, he logrado escribir este libro. A Gabriel, Miriam, Susana, Jesús y Dani, mis hermanos, a Charo. Un recuerdo especial para Dani, ejemplo de integridad. Por último, gracias a los familiares, amigos y compañeros de Feve que tanta importancia tienen para mí y no cito por ser tantos, pero que respiran, sienten y habitan entre las páginas de este libro que también les pertenece.

Mi lugar secreto

Ajeno a mi voluntad quedé huérfano de tierra, mar y aire, y en ese estado de abandono y excepción escribo. Las palabras que ahora lees, las que hoy selecciono para componer estas frases y no otras, son en realidad mi epitafio.

He perdido la noción del tiempo. Podría solucionar dicha circunstancia marcando la pared, trazando rayas para contabilizar los días y las noches de encierro. Sin embargo, ese ritual de naufrago me parece del todo surrealista tratándose de mí. Sucede que si me decidiera a iniciar una cuenta ahora, debería hacerlo numerándola hacia atrás; y ese hecho simple supondría asumir una actitud suicida que en absoluto es propia de mí.

La permanencia aquí... altera las percepciones, los sentidos. Así, protagonizo estados de ánimo opuestos transcurridos apenas unos segundos. Tan pronto siento que me invaden el optimismo y la euforia como que caigo derrotado víctima de una somnolencia de siglos.

Por índice de probabilidades y reducción al absurdo, tras mucho meditar, he llegado a una conclusión: existen un por qué y un para qué escritos a contraluz entre los renglones y márgenes de la historia a iniciar por cada cual.

Mi vida no ha sido muy diferente a la tuya. Comprometido con mi entorno, he sabido amoldarme a las circunstancias pasando inadvertido en ocasiones y las menos mostrándome inteligente y locuaz, destacando sobre el resto. Vivir en sociedad es arriesgado si quebrantas las reglas básicas. Todo importa poco ya, o todo, o nada, según se mire.

Mi posición actual me permite analizar las situaciones desde una perspectiva anacrónica, que a simple vista puede parecer confusa, pero desde la que bien mirado, con detalle, impera la lógica.

Es un privilegio poder contar las cosas como las siento.

Te diré que para mí es un sentimiento nuevo. Antes percibía las sensaciones normales a todo ser humano. Sentía el frío en invierno y la calidez del sol en la piel durante la primavera... y el comienzo del verano. Así, como tú. Sentía como tú.

Me deprimía el saber que se acercaba el final de las vacaciones y el pesado regreso a la rutina que lo invadía todo. Y pienso ahora que he despreciado los días que pasaron. Qué estupidez, malgastar tantos años sin apenas haberlos vivido.

Y saboreo de nuevo el primer beso. Sonríe al recordarte y hasta noto que comienzo a sonrojarme. Allí, inocente, buscando el momento para rozar, simplemente, tus labios. Cerrando los ojos por pura vergüenza. Deseándote tanto desde mis pocos años que hasta me cuesta reconocerte, reconocernos. Necesitaría ahora un diccionario imaginario con palabras infinitas para expresar cuánto te echo de menos. Tus ojos mirándolo todo, mirándome a mí. Resistiéndome a perderte para siempre. Recordar ahora tu cuerpo me hace daño, me lleva a un espacio sin tiempo, a la locura, pero es tan dulce soñarte... que merodeo buscando esos fragmentos que todavía me atan a ti. Hace un mes escaso aún discutíamos por el color de las paredes, la mesa del comedor y la cocina de nuestra casa recién estrenada. Si hablara hoy contigo de nuevo, te

dejaría hacer, decidir, elegir... Pintaríamos la casa entera con tu color favorito y fabricaría con mis propias manos los muebles que siempre has soñado tener. Lo escribo en tiempo condicional, porque si todo ocurriera de nuevo, yo no estaría aquí eligiendo las palabras que expresen mejor lo que siento.

Y se me escapan también las lágrimas cuando pienso en mi madre. ¿Cómo estará ella ahora? Con el viento soplando a favor, revolviendo sus mechones. Oliendo a brisa de mar, a limón, a cerezas y nueces recién robadas. Así llegas a mi mente y así te recuerdo. Desde la infancia hasta la adolescencia, siempre ahí. Y ahora me arrepiento de no haberte mirado más, de no haberte querido más, de no haberte abrazado más, aprovechando cada minuto a tu lado, agradeciendo hasta el infinito tu amor de madre, incondicional. Recorro ahora momentos del pasado y salto sobre los charcos con mis botas de goma. Me regañas a lo lejos y yo te desafío empapándome por segunda vez las ropas. El tirón de orejas aún me duele y la tripa me hace ruido por marchar a la cama pronto, sin cenar. Huele a bizcocho recién hecho mientras la masa para las galletas se me escurre por los dedos. La harina se esparce por el suelo y hay un montón de trastos sin lavar en el fregadero. Te afanas en mezclar los ingredientes mientras robo a escondidas dedos de nata y chocolate derretido para mi pastel de cumpleaños. Allí llegas, con tu vestido de mil colores y tantas flores escapando de la tela... mirándote con orgullo desde la distancia que me otorga mi lugar secreto. Besando mi frente y acariciando mis manos de niño normal, niño travieso, niño inocente al fin y al cabo. Limpiando las rodillas con esmero para hacerme parecer presentable, peinándome una y mil veces para controlar el mechón rebelde que aún hoy escapa desobediente, desaliñando mi aspecto de hombre normal, hombre formal, hombre sin más.

Mi padre quiso hacerme entender durante la adolescencia que la política no conducía a nada bueno, de provecho, que estudiara para ser abogado, médico o ingeniero. Desde la edad que te lleva al sendero por el que caminarás de adulto, burlé los pronósticos que él ya adivinaba y sí, me licencié en Derecho, pero también me involucré de lleno en el partido que más que menos coincidía con mis ideas. Experimenté por vez primera el sentimiento de grupo, de pertenencia. Conocí a personas que frecuentaban lugares privilegiados, poderosos. Llegué a ser uno de ellos. Te afanabas en leer el periódico del domingo, a través de tus gafas de concha, tan usadas, tan familiares. Yo me sentaba a un lado mostrando desinterés y quizás arrogancia; en el fondo, quería acabar con mi remordimiento de mal hijo, pedirte perdón por nada y por todo. Siempre en deuda contigo. Hiriendo tu mundo de modo inconsciente, inmaduro.

Mi lugar secreto me oprime ya, me roba libertad, pero me permite utilizar sin reparos una cascada de palabras por la que fluyen sentimientos jamás contados... Perdóname.

Sé que ahora es media tarde porque la mano que me mantiene atado al mundo exterior me ha entregado un plato con apenas cuatro pedazos de carne. El vaso de agua se ha derramado. Está nerviosa, noto que le tiembla el pulso en cada una de sus visitas. Apenas me habla y si lo hace es siempre para preguntar si estoy bien. Y a veces me delata el llanto y otras la furia por sentirme encerrado. Me siento un niño que se ha portado mal y al que han castigado.

Ayer no conseguí mantener el control que me ha acompañado desde el segundo día de encierro. Lo perdí al escuchar los pasos apresurados de dos personas que se acercaban. Susurraban frases difíciles de entender y mi nombre se colaba entre ellas. Dijeron que se les había escapado de las manos, y hablaron de quizás hoy, quizás mañana.

Hoy es mañana.

Escribo una carta larga en un cuaderno de espiral como los que se usan en la escuela y un bolígrafo azul que mancha constantemente mis dedos de tinta. Estos son los únicos objetos que he recibido de manos de mis raptores. Me marcaron las instrucciones para la redacción de un escrito que confirmara que aún sigo vivo.

Estoy vivo y escribo. En cada palabra pretendo imprimir un testamento de letras que encierre la mayor cantidad de sueños no cumplidos. El mayor recuento de errores por la carencia de gestos y hechos, el más largo listado de palabras que jamás empleé antes para describir a las personas que pasaron por mi vida sin apenas darme cuenta; tan cercanas, tan lejanas. Una cura contra el remordimiento que me ronda por no haber sabido retar a la inevitable pérdida del tiempo.

Comienza a oscurecer y ya llueve. Estamos en otoño. Debo apresurarme y escribir aprisa. Hoy no quiero dormir. Se me escapan las horas, quiero aferrarme al presente. Dejaré de vivir el futuro, como he hecho hasta ahora. Ya sólo pido un instante, el necesario para terminar esta larga carta. Si me entierran quiero que lo hagan antes de que anochezca, en la tierra que me vio crecer, para que mi tumba refleje aún las miradas de quienes vengan a darme el último adiós, y llevar-melas conmigo así, para siempre.

No deseo que se utilice mi muerte para abanderar causas que ya considero ajenas a mí. La realidad se ha impuesto. Soy un hombre simple que soñó con alterar las normas no escritas que rigen mi tierra. Ahora que avanzan los pasos de mis verdugos me pregunto si el sufrimiento que por siempre llevarán la mujer que lleva en su seno a mi hijo, mi madre y mi padre valen más que la causa que provocará mi muerte.

